

HOJEAR EL PASADO: RESCATE Y LECTURA DE “LA SEÑORA MEXITILE” DE JOSÉ TOMÁS DE CUÉLLAR

Andrés Ramos García
UAM-Iztapalapa

La historia y la ficción se construyen con las respiraciones del pasado y reescriben un mundo que creemos haber perdido.

TOMÁS ELOY MARTÍNEZ

RESUMEN

El artículo da cuenta del hallazgo de “La señora Mexitle” de José Tomás de Cuéllar en *La Época Ilustrada*, relato ficcional e ilustrado de la Historia de México desde la Independencia hasta la República Restaurada. Se discute el acercamiento que tienen la Historia y la Literatura en el documento, así como la dinámica que entablan texto e imágenes. “La señora Mexitle” es también un testimonio más de la preocupación de Cuéllar respecto a la patria y a la educación, en él ejerce la crítica social de manera burlesca. Imagen y ficción se le presentan al escritor mexicano como herramientas para contar hechos históricos. Finalmente, se asoma una breve propuesta de edición.

PALABRAS CLAVE

literatura mexicana, literatura del siglo XIX, imagen y texto, rescate literario, historia y literatura.

ABSTRACT

This paper centers in the finding of José Tomás de Cuéllar’s “La señora Mexitle”, a fictional and illustrated account of Mexican History since the Independence until the period known as the “República Restaurada” (Restored Republic). It discusses the approach between History and Literature found in the document, as well as the dynamics of text and images. “La señora Mexitle” serves also as another evidence of Cuéllar’s national and educational concerns; in the article he makes social criticism in a mocking tone. The Mexican writer uses image and fiction as a resource to expose historical facts. Finally, a brief edition proposal is made.

KEYWORDS

Mexican literature, 19th century literature, image and text, literary discovery, History and Literature.

Belem Clark de Lara postula que “la tarea de pensar sobre la propia labor es una vieja tradición en las letras mexicanas” (Cuéllar, 2007: XI) al hablar de los objetivos que muchos escritores del siglo XIX se fijaron, entre ellos, la afirmación de una identidad y el fortalecimiento de una conciencia mexicana. No se equivoca la investigadora al establecer un símil entre esa tarea decimonónica y el trabajo de rescate filológico. La leo y la cito porque es una autoridad en el estudio, la recuperación y la edición crítica de las obras de José Tomás de Cuéllar (1830-1894), autor mexicano del cual uno de sus textos periodísticos merece las líneas que siguen.

“La señora Mexitle”, firmada por Facundo, apareció el 8 de diciembre de 1884 en las páginas de *La Época Ilustrada* (t. II, núm. 6, pp. 88-89, 92-93). La localización del documento se debió a la revisión que hice del periódico para completar la tesis de licenciatura “La imagen como recurso narrativo y su relación con el texto en *Baile y cochino...*, la versión de 1885”. Este artículo tiene como objetivo enunciar una suerte de rescate que delimite aspectos generales del texto, detenerse en ciertas particularidades (como la presencia de imágenes) y destacar la relevancia de una posible edición dentro del contexto de la producción de Cuéllar. Se trata de una *editio unica in ephemeride*, puesto que no se ha encontrado otro testimonio. Su rescate y posible incorporación a una edición crítica se justifican no sólo por pertenecer a la obra del mexicano, sino también por la presencia de imágenes.

La Época Ilustrada fue un suplemento del diario político *La Época*. Se publicó cada lunes desde el 5 de noviembre de 1883 hasta el 1 de noviembre de 1885. El subtítulo, que reza “Semana de literatura, humorístico y con caricaturas”, sintetiza de manera clara su contenido. El artículo de Cuéllar apareció en su última etapa, en la cual firmaba las ilustraciones: Frimus, a quien no he podido identificar; se le menciona como un “mal imitador de [José María] Villasana” (Aurrecochea: 72), quien fuera el caricaturista y dueño de *La Época Ilustrada* en su primer tomo. Cuéllar participó en algunos números con poemas, fábulas y con su aportación más importante, la primera versión de *Baile y cochino...*, encontrada en las pesquisas del Proyecto de Obras de José Tomás de Cuéllar.¹

¹ Para una revisión con mayor detalle de Cuéllar y *La Época Ilustrada*: vid. Andrés Ramos, “La imagen como recurso narrativo y su relación con el texto en *Baile y cochino...*, la versión de 1885”.

“La señora Mexitle”: la historia como ficción

“La señora Mexitle” puede leerse como un repaso sucinto de la historia de México desde el triunfo de la Guerra de Independencia hasta la restauración de la República tras la derrota de Maximiliano. No obstante, no se puede hablar propiamente de un texto histórico, ya que, lejos de presentarse como un artículo poseedor de hechos y relator de sucesos determinados, se desarrolla una narración a partir de una metáfora conocida: la patria es una mujer. Así, la señora Mexitle representa a la nación, se establece la correspondencia entre los hijos de la señora con los políticos. El vínculo comienza desde el nombre: “Mexitle” era otra denominación con la que se le conocía a Tezcatlipoca, divinidad mexicana, y con la que se identifica el prefijo “mex-” en una de las distintas hipótesis acerca de la etimología de “México” (*vid.* Gómez: 40-41).

El texto de Cuéllar, por lo tanto, merece la atención no sólo de un estudioso de las letras mexicanas, sino también del historiador interesado en el siglo XIX con el afán de comprender y conocer mejor nuestro proceso como nación independiente.

He dicho que no se trata de un texto histórico; sin embargo, tampoco se hablaría de una obra literaria emparentada con la novela histórica ni se parece formalmente a los artículos periodísticos que Cuéllar escribía, tales como los publicados bajo el nombre de “Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales”.² ¿Ante qué nos encontramos entonces?

Los límites entre la narración de la Historia y de la ficción (o de los *res factae* y *res fictae*, como los llama Jean Meyer: 1) llegan a ser difusos. En la década de los setenta del siglo XX, Hayden White comenzó una discusión en la que retiraba a la historia su supuesta característica de imparcialidad, objetividad y verdad al proponer que el discurso histórico es un reflejo, en varios sentidos, de la literatura y que ambas narrativas, en tanto artificios verbales, no presentan diferencias (*cf.* Bertrand: 239). Desde entonces, se ha discurrido ampliamente a propósito del acercamiento o la lejanía que tienen historia y literatura. Hay una posición que logra entablar una sencilla diferencia: la historia cuenta aquello que puede comprobarse como real, es decir, que se sabe que pasó gracias a sus fuentes o a hipótesis. En palabras de Tomás Eloy Martínez, “a diferencia del periodismo o la historia, una novela es una afirmación de libertad plena, y que por lo tanto un novelista puede intentar cualquier malabarismo, cualquier irreverencia con la realidad” (7).

² Para una comprensión general de la labor periodística de Cuéllar: *vid.* Belem Clark de Lara, “La palabra periodística a la luz de la modernidad”, en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (eds.), *José Tomás de Cuéllar. Entre el nacionalismo y la modernidad*: 145-165; y José Tomás de Cuéllar. *Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales*.

Entre ambas disciplinas, se encuentra la novela histórica, concepto que alcanza una complejidad inextricable. Prefiero, para fines prácticos, una definición concreta, aquella en la que el relato “toma prestado a la historia los personajes y los hechos que sirven de tela de fondo a unas aventuras; y alrededor de esta base dada históricamente, la fantasía del autor crea tramas a su gusto” (Bertrand: 239). En “La señora Mexitle” no sucede esto, no hay escenografía de hechos reales ni aventuras que deriven de ellos. Cuéllar, escritor hábil, convierte la historia en una ficción. La señora, con su casa y sus hijos se vuelven el fondo para narrar el relato, que son los hechos históricos. Para seguir a Tomás Eloy Martínez, Cuéllar hace malabares y publica un irreverente relato del México independiente. El escritor se inventó, pues, una manera de contar los sucesos del pasado sin utilizar el formato de artículo.

En dieciocho viñetas se despliegan las ilustraciones de “La señora Mexitle”. Llamo viñeta a ese espacio en el que las imágenes se distribuyen intermitentemente a lo largo del texto. Hay ocasiones en que ésta contiene más de un dibujo, especialmente cuando se trata de retratos. El inicio de “La señora Mexitle” reza:

Es una señora muy desgraciada, cuya vida llena de peripecias y contratiempos, ha llegado á darle en el gran mundo una importancia relativa. Hoy se encuentra, como muchas otras veces, en circunstancias bien difíciles.

Como todas las señoras de su estirpe, hermosa y rica, un tanto orgullosa y poco práctica en materia de contabilidad, se ha confiado mucho en sus prendas personales y en la grande idea que tiene de sus propias riquezas y ha sido pródiga; y la mayor parte de las veces despilfarrada (88).

Se revela un narrador situado en un tiempo presente (“hoy”), que describe a su protagonista llena de adjetivos (“desgraciada”, “hermosa”, “rica”, “orgullosa”). El paralelismo se advierte desde la primera oración y expone la posición del país ante el “gran mundo”, que no es otro sino la representante de lo “civilizado”: Europa.

Sin embargo, la analogía en realidad tiene su principio en la ilustración que encabeza al texto y que, por sus dimensiones, salta inmediatamente a la vista.

La imagen muestra a una señora sentada en un trono muy peculiar. Sus estructuras remiten a figuras que posiblemente eran ya identificadas como mexicanas. Sus brazos y manos reposan en esculturas que recuerdan las colosales cabezas olmecas. El respaldo del trono termina en torres de catedrales, con un calendario azteca en el punto más alto. En la base del trono, se aprecian siluetas humanas, una de ellas parece portar un sombrero de charro. La señora, coronada por un penacho sencillo, tiene la nariz chata, por lo que se diferencia de inmediato con una representación europea; no obstante, en la vestimenta presenta los rasgos de modernidad: el cuerpo está modelado por un corsé.

No es gratuito que la imagen ocupe un espacio amplio; hay una intencionalidad de plasmar esa idea de la patria como mujer. Esto se explica por los propósitos edu-

cativos de la época y de Cuéllar. La imagen tiene mucho más poder en la memoria que la palabra. Resulta mucho más sencillo fijar ideas a través de la visualidad en un icono (pensemos, en la actualidad, aunque sea un resultado de simbolización, cuántas señales de tránsito no necesitan texto alguno). El proceso de construcción de un símbolo varía: la imagen es un indicio, pues ante la imposibilidad de reconstruir a la perfección a los lectores de otros tiempos, nos ofrece una hipótesis. El penacho y las cabezas olmecas dan cuenta de una identificación de la mexicanidad con el pasado indígena; la relación con el mestizaje se presenta en el rostro de la mujer.

Se entiende así cómo es que se enriquece el proceso de lectura por el análisis del texto en conjunto con sus ilustraciones; suceso que, por supuesto, se resignifica con el paso de los años. Mencioné la imposible tarea de reconstrucción de un receptor del siglo diecinueve, no obstante, el estudio de los documentos ofrece algunas ideas y, además, configura una nueva lectura.

Existen varias relaciones entre imagen y texto. Por ejemplo, en la segunda imagen, la mujer sostiene un papel en el que se lee “INDEPENDENCIA 1821”. El texto no contiene una referencia tan explícita a la lucha armada; se da una coexistencia, es decir, la palabra y la cifra que aparecen en el papel forman parte del dibujo y determinan inmediatamente el contexto.

En la primera página encontramos también un retrato de Agustín de Iturbide, llamado en el texto simplemente Agustín, “que la daba de aristócrata, se puso al frente de la casa, la montó de lujo, la revistió de púrpura imperial y prometió que todo iría a pedir de boca: dio de mano a diputadillos” (88). Antes de anotado: “dio de mano”, aparece una imagen en la que una mano en primer plano y que aparenta ser de dimensiones gigantes está despidiendo, dedos índice y pulgar juntos, a varios hombres que han emprendido la huida. Sobresale este tipo de imagen porque implica una traslación de un dicho (“dar de mano”) a su representación icónica. La frase se define como “dejar, abandonar” (*Diccionario*: 673), pero el ilustrador ha optado por darle una significación más orientada a lo literal en el dibujo.

Con tales casos, se constata algo que aplica para todas las ilustraciones: la imagen antecede al texto. Para mencionar a Iturbide hay un corte entre “El mayor de sus hijos” y “Agustín,” en el que se coloca el retrato del ex gobernante. Se presenta un juego de lectura, en el cual, con la imagen al principio, es posible completar la referencia antes de que aparezca escrita.

Estas ilustraciones resultan representativas de las demás. Según una clasificación que retoma Jacques Aumont, respecto a la relación que establecen con el mundo extratextual, las imágenes de “La señora Mexitle” funcionan en sus modos simbólico y epistemológico (Aumont: 84). El primero de ellos se observa en la identificación de modelos: la mujer con la nación; y el segundo, en las imágenes que se vuelven un modo de conocer el mundo; un ejemplo muy claro se muestra con los retratos de per-

sonajes; además de Iturbide, figuran Antonio López de Santa Anna, Lucas Alamán, Melchor Múzquiz, Manuel Gómez Pedraza y Valentín Gómez Farías.

Al relatar hechos que se corresponden con el pasado nacional, el narrador pone un énfasis especial en el flujo de dinero. En los párrafos ya citados, “ha sido pródiga; y la mayor parte de las veces despilfarrada” (88), se asoma esta intencionalidad. El tema no es nada ajeno en la escritura de Cuéllar. Basta revisar algunos de sus artículos para comprobarlo; por ejemplo, “El pulpo”, en el que critica duramente la práctica del préstamo y la economía de los mexicanos, aquello de “adquirir dinero por caminos que no sean la remuneración legítima del trabajo” (2013: 55) o:

cuando una sociedad, como la nuestra, está educada en el despilfarro y el mal ejemplo; cuando se hace alarde de que el carácter nacional tiene como perfil distintivo la disipación; cuando ni el buen ejemplo de los extranjeros que se enriquecen en México nos induce a reflexionar en las ventajas de la economía; cuando cada padre de familia [...] enseña a sus hijos a derrochar una hacienda, cuyo valor nunca comprenden (*ibidem*: 57).

No es casual el enfoque al respecto en “La señora Mexitle”. Los gobernantes (hijos), en su tarea de colaborar para la patria (su madre), han llenado de préstamos la casa (el territorio); dicha situación derivó en cobros, imposibilidad de pagar e intervenciones militares (los invasores del hogar). Se observa una congruencia del escritor al escribir la historia.

Hay también representaciones caricaturizadas, como Guadalupe Victoria, Nicolás Bravo y Anastasio Bustamante. Los tres aparecen en poses ridículas (89). La caricatura se distingue sobre todo por la impresión de ver cabezas adultas en cuerpos de infantes.

De vital importancia resulta la gestualidad: “Antoñito, el más travieso de los hijos de la señora, se pone un sombrero galoneado en Veracruz y se propone arreglar las cosas a la republicana; se burla de su hermano Agustín y de sus pretensiones aristocráticas, y, garrote en mano, se viene contra él” (89). Entre “a la republicana” y “se burla de su hermano” se ilustra a Santa Anna con la mano izquierda levantada en señal de cuernos, la otra sosteniendo un palo, y a un Iturbide yéndose con capa y corona. Todas esas poses y gestos se relacionan con un lenguaje icónico, que quizá sólo podamos suponer, aquí, por contexto; la señal que está haciendo Santa Anna caricaturizado corresponde con la burla, vigente incluso en nuestros días.

La caricatura de un “yanqui”, con su pantalón a rayas, una pipa y una botella de “whiskey” (elementos sólo presentes de manera visual), se utiliza para ilustrar la invasión norteamericana de 1847. La enorme pérdida de territorio nacional se describe así: “La señora, medio sofocada, entra en transacciones y le cede al forajido la azotehuela, el corral y otras dependencias lejanas, por unos cuantos reales con que se propone la señora salir de apuros” (92).

A nivel textual, resalta la solución que encontró el narrador para nombrar a los “traidores” que apoyaban el establecimiento de un imperio y que se adhirieron después con Maximiliano: elige la bastardía para describirlos; entre ellos figura Juan Nepomuceno Almonte, hijo de Morelos y Pavón: “La señora se ruborizó al decir estos nombres. Eran los de ciertos hijos suyos, pero no precisamente de matrimonio” (92). Destaca también el salto de párrafo para continuar con la derrota de Maximiliano y el regreso de Benito Juárez al poder. De esta manera, se le resta importancia a lo que hoy en día se conoce como el Segundo Imperio. La ilustración que acompaña la derrota es significativa: Juárez toma desde atrás y por el cuello a Maximiliano de rodillas sobre un monte, en el que se lee “CERRO DE LAS CAMPANAS”. Precede al dibujo esta frase “Benito, el mejor de los hijos de la señora” (92). Esto tiene fuerza, pues ofrece la visión de un Juárez que, personalmente y uno a uno, acabó con Maximiliano de Habsburgo.

Respecto a los bastardos, es importante dentro de una poética de Cuéllar la apropiación de la familia para hablar de la nación. No era un recurso muy original; la familia, por las ideas de la época, representaba el núcleo de la sociedad que hacía posible el funcionamiento de la misma. Desde lo específico, Cuéllar critica lo general: de la familia a toda la nación. Si las familias no funcionaban adecuadamente, ¿qué podía esperarse de una sociedad entera? Es un tema que Cuéllar explotó; en *Baile y cochino*, por ejemplo, se puede encontrar tanto el tema del despilfarro como el de una familia disfuncional; *Ensalada de pollos* y *Las jamonas* son otros ejemplos de la cuestión familiar, en esta última se alude a las “hojas sueltas”, miembros agregados que no forman parte propiamente de una familia nuclear. Los casos comprueban la organicidad de Cuéllar en su narrativa.

En la última página (93) aparecen ya sólo tres viñetas, y es la que ofrece un reto mayor, sobre todo para un historiador. La narración parece proseguir inmediatamente después de la restauración de la República, sin embargo, se corta en una trifulca de personajes que expresan su deseo de pagar las deudas contra otros que dicen que “su mamá” no tiene por qué realizar ningún pago. “La señora Mexitle” concluye de la siguiente manera:

—Pues échenles encima tres mil hombres y todos los gendarmes.

Y así lo hicieron. Pero los más entendidos y prudentes de los hijos de la señora, decidieron cuerdamente, que en vez de acabar de matar a los niños, sería bueno aplazar la cuestión para más tarde (93).

El final de “La señora Mexitle” se relaciona con el momento en el que Cuéllar escribe, sus posturas, sus preocupaciones y su perspectiva. Sabemos que la Historia fluctúa con el paso del tiempo y quizá en la actualidad no se le preste la misma atención al episodio que narró.

Cuéllar se propuso hacer un recorrido breve del México independiente. La caída de Maximiliano supone un momento muy relevante no sólo en la vida nacional, sino en la vida propia del autor, pues fue cuando comenzó su carrera en las letras. De acuerdo con Ana Laura Zavala:

Cuéllar compartió con esas diferentes generaciones de artistas el espíritu nacionalista y la intención didáctica, que, en su caso, descansó en un ideario ecléctico donde dialogaron ideas provenientes del pensamiento ilustrado, del catecismo social romántico-liberal e, incluso, más tarde, del positivismo progresista importado a suelo nacional por Gabino Barreda. Asimismo, al igual que buena parte de sus coetáneos, confió en el poder generador y re-generador de la literatura, ya que, para él, la nación existía porque había quien la describiera y esclareciera “sus realidades al nombrarlas”.

Si desde su iniciación intelectual Cuéllar mostró en sus textos esa evidente vena patriótica, fue hasta después de la caída del Imperio cuando encontró el terreno fértil para encauzar tal inclinación —a través del programa literario que hacia 1868 dio a conocer su amigo Altamirano—, al tiempo que descubrió nuevas posibilidades textuales para participar en la empresa de re-fundar la joven nación: me refiero a sus experimentaciones con la novela, la crónica, el artículo y el ensayo periodísticos (Cuéllar, 2007: XLIX).

El Cuéllar de misiones patrióticas y didácticas se encuentra plenamente en “La señora Mexitle”, se muestra un compromiso de escritura, así como una conciencia del pasado. Al tornar en ficción un proceso histórico, asistimos a una experimentación. El truco no es uno solamente, todo se ficcionaliza y tenemos a niños-gobernantes y caricaturizados. Los vínculos entre texto e imagen permiten la crítica y la sátira del pasado. El epígrafe de este trabajo sirve como una de las justificaciones para la recuperación de este tipo de materiales; si los respiros del pasado permiten la construcción de una historia y de la ficción al mismo tiempo, el mundo que se reescriba debe expandir sus miras y enriquecer sus fuentes para una mejor comprensión de la realidad desde sus múltiples aristas. La edición de “La señora Mexitle” permitiría un nuevo acercamiento a la obra de Cuéllar, así como nuevas lecturas y también relecturas de periodos de la historia desde una visión muy particular. En este caso, propondría una edición que reprodujera la página del periódico para ver la distribución espacial, seguida de una transcripción del testimonio, con actualización ortográfica y un aparato crítico que dé cuenta, con exactitud y mucho trabajo de investigación, no sólo de las correspondencias con los hechos y personajes históricos, sino de las expresiones utilizadas, como aquello de “portarse como judío” y “portarse como inglés”. Mi elección obedece a un interés en mostrar el texto con sus imágenes; creo que en ello radica uno de los valores más altos de esta publicación de José Tomás de Cuéllar. Resulta interesante, según se habló de la historia y la narrativa, cómo un escrito que Cuéllar creó en afán de mostrar, de una forma amena y cómica, las vicisitudes de la nación en su independencia, ahora pueda ser un objeto de estudio para nuestra historiografía.

El conocimiento de la historia de México y de su cultura no dejan de ser, en su esencia más pura, aprendizajes, y éstos se desprenden de la enseñanza, cuestión que a Cuéllar le parecía fundamental: “De enseñanza en enseñanza es como van haciéndose sólidos, duraderos e invulnerables los principios morales del honor, de la virtud, del decoro, del amor al prójimo y del amor a la Patria” (2013: 260). En “La señora Mexitle”, el escritor mexicano no sólo compuso una imagen congruente con su misión, sino que plasmó algunos de sus sentimientos hacia la nación, de verdadera preocupación y de interés por conocer (y dar a conocer) su desarrollo.

Bibliografía

AUMONT, Jacques

La imagen. Traducción de Antonio López Ruiz. Barcelona: Paidós, 1992 (Paidós Comunicación, 48).

AURRECOECHEA, Juan Manuel y Armando BARRA

Puros cuentos. La historia de la historieta en México, 1874-1934. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Museo Nacional de Culturas Populares/Grijalbo, 1988.

BERTRAND DE MUÑOZ, Maryse

“Historia y ficción, historia y discurso: doble dualismo. Análisis narratológico de tres novelas de la Guerra Civil española”, en *Actas Irvine-92. Actas del XI Congreso de la Asociación de Internacional de Hispanistas*. Volumen 1. Coordinado por Juan Villegas. University of California, Irvine, 1994: 239-248.

CLARK DE LARA, Belem

“La palabra periodística a la luz de la modernidad”, en Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz (editores). *José Tomás de Cuéllar. Entre el nacionalismo y la modernidad*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2007 (Ediciones Especiales, 45): 145-165.

CUÉLLAR, José Tomás de

“La señora Mexitle”, en *La Época Ilustrada*, tomo II, núm. 6, 8 de diciembre 1884: 88-89, 92-93.

Obras II. Narrativa II. Ensalada de pollos. Edición crítica, prólogo y notas de Ana Laura Zavala Díaz, con el apoyo técnico de Virginia Mote García. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2007 (Nueva Biblioteca Mexicana, 166).

Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales. Selección, edición, introducción y notas de Belem Clark de Lara. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2013 (Summa Mexicana).

GÓMEZ CANO, Grisel

El regreso a Coatlicue. Diosas y guerreras en el folklore mexicano. Estados Unidos: Xlibris, 2011.

MARTÍNEZ, Tomás Eloy

“Ficción, historia, periodismo: límites y márgenes”, en *Telar. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos*. Argentina, Universidad Nacional de Tucumán, año. 1, núm. 1, 2004: 6-12. Consultado en: <http://filo.unt.edu.ar/wp-content/uploads/2015/11/telar1.pdf> [11/09/15].

MEYER, Jean

Historia y ficción, hechos y quimeras. México: Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2010 (Documentos de Trabajo, 63).

RAMOS GARCÍA, Andrés

“La imagen como recurso narrativo y su relación con el texto en *Baile y cochino...*, la versión de 1885”. Tesis de licenciatura. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2015.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Diccionario de la lengua castellana. Madrid: Imprenta de Gregorio Hernando, 1884.

La señora Mexitle¹



La señora Mexitle

Es una señora muy desgraciada, cuya vida llena de peripecias y contratiempos, ha llegado a darle en el gran mundo una importancia relativa. Hoy se encuentra, como otras muchas veces, en circunstancias bien difíciles.

Como todas las señoras de su estirpe, hermosa y rica, un tanto orgullosa y poco práctica en materia de contabilidad, se ha confiado mucho en sus prendas personales y en la grande idea que tiene de sus propias riquezas y ha sido pródiga; y la mayor parte de las veces despilarrada.



¹ Facundo, “La señora Mexitle”, en *La Época Ilustrada*, t. II, núm. 6, 8 de diciembre 1884: 88-89, 92-93. Acompañan el texto dieciocho ilustraciones de Frimus.

Desde que se emancipó de sus tutores, declarándose mayor de edad para administrar libremente sus bienes, empezaron las dificultades de su hacienda; apasionada del lujo y las comodidades ha tenido que vivir recurriendo a los usureros:

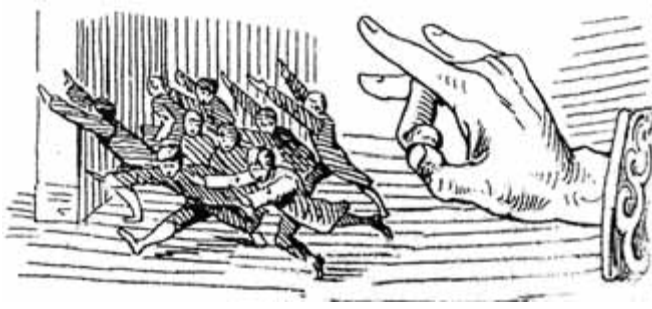


en 1824 vio a un judío inglés para salir de sus primeros apuros. El judío inglés, por supuesto, se portó como judío y como inglés; la señora pudo dar algunos bailes y adquirir nuevos brillantes, pero no pudo pagar.

La señora había sido naturalmente fecunda; tenía muchos hijos, muchísimos, y había sido tan pañalona con ellos como no podía menos de serlo persona de suyo tan derrochadora y tan pagada de sí misma y tan confiada en su fortuna. El mayor de sus hijos



Agustín, que la daba de aristócrata, se puso al frente, de la casa, la montó de lujo, la revistió de púrpura imperial y se prometió que todo iría a pedir de boca:



dio de mano a diputadillos y demás gente ordinaria, metió la mano en la caja de Veracruz, pidió dinero prestado, e hizo dinero de papel; con todo lo cual la señora se vistió de gala, prometiéndose que esta bolichada imperial le permitiría hacer gran papel por algún tiempo.

Pero he aquí, que



Antonio,

Antoñito, el más travieso de los hijos de la señora, se pone un sombrero galoneado en Veracruz y se propone arreglar las cosas a la republicana;



se burla de su hermano Agustín
y de sus pretensiones aristocráticas, y, garrote en mano, se viene contra él. Agustín
se asusta y quiere volver sobre sus pasos, pero ya no puede, y se marcha a Liorna.
Vuelven los diputados echados por Agustín y por medio de ellos la señora pide dinero
a los ingleses. Agustín, no contento en Liorna, regresa y busca su sepulcro en Padilla.
Siguen los hijos de la señora administrando los bienes.



Guadalupe y Nicolás
se disputan la torta, y Anastasio la toma,
y después José María, y se la arrebató; el triunvirato
de Pedro, Luis y



Lucas, Don Lucas, el que estudió para padre,



luego Melchor, Manuel y Valentín

se suceden hasta que Antoñito que como hemos dicho era el más travieso de los hijos de la señora, poniéndose las casacas de todos sus hermanos maneja la casa a su capricho hasta por ocho veces.

La pobre señora empieza a persuadirse de que sus hijos, calaveras unos y bisoños los otros, no la sacan de apuros, y que la cuestión de tomines se complica más y más; por cambiar de judíos ya los tiene de tres nacionalidades. Entre tanto, a un vecino suyo, güero y de ojos azules, se le hinchan las narices, y se mete a la casa de la señora haciendo destrozos; toda la prole se alborota y se arma,



y la emprende con el intruso,



que llegó hasta la alcoba.

La señora, medio sofocada, entra en transacciones, y le cede al forajido la azotehuela, el corral y otras dependencias lejanas, por unos cuantos reales con que se propone la señora salir de apuros.

Pero de todas maneras no le alcanza; las necesidades crecen, los niños necesitan educarse, los mayorcitos cuestan mucho y dan mucha guerra, y ya no se da abasto a tantas exigencias y gastos, especialmente de pólvora; porque todos los hijos de la señora son muy afectos a la pirotecnia, y en cohetes y cañonazos se va el gasto. La señora se endroga más y más, al grado de perder el crédito completamente entre los vecinos. Nadie le presta ya bajo su firma, a nadie le paga, y su situación es insostenible. En esto

se enojan los judíos de las tres nacionalidades y tocan a la puerta. La prole se alborota y se arma y coge pólvora de donde puede.

- ¿Quiénes son? pregunta la señora, que a la sazón estaba haciendo su *toilette*.
- Mamá, son los ingleses, dice uno de los chicos.
- Que no estoy en casa.
- Pero ellos sí; ya entraron.
- A ver qué quieren.



—De parte de Yeker.

—Qué Yeker ni qué nada. ¡Que no hay dinero!

Y se arma una pelotera de los diablos, tanto que el inglés y el español se retiran del patio porque, en medio de todo, olfatean que hay intrínquilis.

- ¿Ya se fueron?
- No; quedan los zuavos.



—¡A ellos! ¡fuego con ellos! ¡A las armas! ¡Pero quién diablos los ha traído!

—¡Quién ha de ser mamá! ¡Juan, Francisco, José María y Pepito!...

La señora se ruborizó al decir estos nombres. Eran los de ciertos hijos suyos, pero no precisamente de matrimonio... Habían sido siempre motivo de grandes distur-

bios en la familia, tanto que, vea usted, hasta dónde llevaron su maldad estos hijos espurios hasta entregar la casa de su madre a un extranjero con pretexto de que la administrara; y entre los hijos espurios y los acreedores franceses tomaron posesión hasta del tocador de la señora. Los hijos pequeños se entretuvieron con los juguetes que les dieron los zuavos; pero los grandes no se conformaron y peleaban hasta morir.

Así duraron las cosas hasta que los zuavos oyeron ruido por el norte y corrieron; y Benito, el mejor de los hijos de la señora,



cogió al extranjero y lo mató.

Volvió, pues, la señora a administrar su hacienda, que seguía en bancarrota, y pidiendo por aquí y adeudando por allá, se la fue pasando, hasta que le dio por hacer mejoras en la casa; y mandó hacer de oro todas las avenidas: no había pasillo, vereda, o calzada, que no fuera de oro macizo, pagadero a los contratistas con todos sus bienes habidos y por haber. Los acreedores empezaron a cogerlo todo, y como escaseaba el numerario para pagar a los cocineros, barrenderos y a toda la servidumbre, la señora se vio precisada a pedir sobre sus alhajas, y luego sobre los muebles, y luego sobre el comedor, sobre la vajilla; pero nada bastaba y un día hipotecó la asistencia, otro el gabinete, el salón, la biblioteca y hasta el cuarto de baño. A esta sazón, los hijos de la señora más entendidos en achaque de deudas, exclaman, escupiendo por el colmillo.

—La cosa es muy sencilla, ¿en qué consiste el mal?

—En que estamos arruinados.

—¿Cuán[t]o debemos?

—¡Muchos millones!

—Entendámonos. Eso no vale nada.

—¡Cómo es posible!

—Esto es muy claro. El millón que debe un solvente vale un millón; pero el millón que debe un brujo vale el tres por ciento de pago.

Una docena de los hijos de la señora, formados en fila como los conspiradores en la hija de Madame Angot, se dan una palmadita en la frente y se salen de la sala entonando un coro con sordina. Entretanto los hijos de la señora, dados a la finanza, y que casi todos eran unos Thiers, continuaban diciendo cosas tan buenas como esta: el crédito es la vida de las naciones.

—Cierto.

—Para tener crédito es necesario pagar.

—Cierto.

—Pues paguemos.

—Pero, ¿con qué?

—¡Silencio! —gritan los financieros—, ustedes no conocen los recursos de la ciencia moderna en materia de pagos. Ustedes creen que sólo se paga con dinero.

—No —dijo uno de los chicos afecto a la bromita—, yo conozco un medio de pagar sin dinero, pero no pertenece a la ciencia moderna, porque es muy antiguo.

—¿Cuál es ese medio? ¿Con qué se paga entonces?

—Con una madrugada.

—Se chanea el preopinante,



—dijo el niño Colbert—. Se trata de pagar con un contratito.

Entre tanto los doce chicos que se habían alejado de la escena cantando el coro con sordina, se presentan vestidos a la inglesa. Con muchos tenedores (y trinchas) dentro de las bolsas de los Carriks, y entonan un coro a la honra doméstica con acompañamiento de bombo de platillos, y de la orquesta típica mexicana que lleva grandes sombreros puntiagudos, con siete varas de galón de plata, de una tercia de ancho, en representación de las minas del Fresnillo, Guanajuato y Pachuca. La honra de la casa está de plácemes, la honradez rebosa en todos los semblantes.



—¡A pagar! —grita la señora insolvente.

—¡A pagar! —dicen enterneciéndose algunos de los niños de la señora—. ¡El que paga lo que debe se salva!

—¡A pagar! ¡A pagar! —repiten los bandolones en un trémolo que va creciendo y luego disminuye como un calosfrío de fiebre perniciososa.

La pasión de pagar se hace contagiosa entre los concurrentes; todos quieren pagar. Las fibras de la conciencia pública toman la consistencia de primas de jaranita; las notas agudas de la dulzaina y del bandolón representan la honradez del coro, de los músicos y de los periódicos, y bostezando de hambre, y con las bolsas vacías se encaminan todos los hijos de la señora buscando a los tenedores y cantando, ¡a pagar!, ¡a pagar!, ¡a pagar!, ¿a dónde están los tenedores?

En esto salen los chicos de la escuela, se encuentran con los pagadores.



y se arma una de Dios es Cristo.

—¿Qué vienen a hacer estos chiquitines? —preguntan los financieros.

—¡Dicen que su mamá no debe pagar lo que debe!

—¡Habrased visto peleles! ¡Qué entienden de eso los niños! ¡A la escuela con ellos!

—Son muchos y están metiendo un ruido de los diablos.

—Pues échenles encima tres mil hombres y todos los gendarmes.

Y así lo hicieron. Pero los más entendidos y prudentes de los hijos de la señora decidieron, cuerdamente, que en vez de acabar de matar a los niños, sería bueno aplazar la cuestión para más tarde.

FACUNDO

—|❖